

EL CRISTIANO ANTE EL FIN DE *UNA* HISTORIA

LECCIÓN EN LA CLAUSURA DE CURSO
INSTITUTO BEATO ESTENAGA
CIUDAD REAL, 1 DE JUNIO DE 2016

Queridos amigos:

Tras dar gracias en la Eucaristía al Señor por el curso que terminamos, agradecemos ahora cordialmente a nuestro Obispo D. Gerardo su presencia ministerial que nos confirma y nos anima; también, a los profesores que gratuitamente hacen posible esta obra, y, ¿cómo no?, a vosotros los alumnos, que sostenéis la continuidad del Instituto y lo extendéis en un "boca a boca" entusiasta. Cada año experimentamos la misma sensación, la de no terminar de creer esta continuidad, con la vitalidad y la riqueza que nos aporta a todos. También constatamos la necesidad de conocer la fe, un hecho que convendría meditar con vista a los desafíos del anuncio del Evangelio.

Esta lección de clausura tiene honda relación con la que impartí el año 2008 y se publicó con el título La mujer y el Dragón. Reino de Dios y última revolución. En aquella ocasión ofrecí un análisis de las tres dimensiones de esa revolución: ideología de género, transhumanismo y laicismo excluyente. La que en este momento presento difiere en la forma, puesto que no es un análisis distante; y, en el contenido, más dirigido a descubrir el fondo antropológico de la crisis que a analizar sus dimensiones o componentes.

* * * * *

El fin de la historia y el último hombre es el título de un libro que FRANCIS FUKUYAMA publicó en 1992. El fin de la historia, o sea, la meta a la que aquella se dirigía, viene a ser, para él, el fin de las utopías y la victoria de un mundo asentado en la democracia y en el libre mercado. Parece que no acertó. El fin de la historia, de todas las historias, significa, para un cristiano, la Venida del Señor y la plenitud del Reino de Dios. Por último, y este es nuestro caso, el fin de la historia nos sugiere a todos los que hemos vivido en países occidentales, al menos desde la mitad del siglo XX, la crisis de nuestro mundo, de ese mundo que hemos vivido y conocido y que ya no parece existir; es como si estuviéramos en otra historia. El título se refiere directamente a esta última lectura, y, además, vivida fundamentalmente desde España: la agonía de un mundo y la presencia de otro que no sospechábamos ni aguardábamos; el fin del Imperio y la entrada de los "bárbaros", vivido desde una lejana provincia imperial ya invadida inicialmente, nuestra patria. Por eso titulamos "*El fin de una historia*". Sin embargo, no excluyo tener ante la vista la anterior interpretación que la fe nos asegura y que propongo como base y fundamento para afrontar esta otra, próxima y cotidiana.

Tengo setenta y dos años y, como todos, he intentado prestar atención a los acontecimientos. Pero, en este momento, no quiero ser un frío trasmisor de información; mezclaré esa información con mi experiencia vital, con los pasos que yo mismo he ido dando, con mi vivencia subjetiva de estos años. En una palabra, lo que sigue no será un estudio aquilatado, neutral, frío, sino un testimonio personal; lo que pueda tener de verdadero más allá de mí mismo lo tendréis que juzgar vosotros. Por mi parte, como digo, es solamente un testimonio. Sí, quizá esa sea la mejor denominación, testimonio. Por eso, he evitado la descripción analítica de las complejas causas de todo tipo (políticas, económicas, nacionales e internacionales) que han empujado a esta situación, dado que no se trata de un estudio sociológico; mi deseo es presentar un hilo conductor, un fondo casi oculto que subyace bajo otras causas más palpables y notadas por los analistas. Querría una lectura desde la fe en Jesucristo o, más exactamente, desde la antropología cristiana.

Adelanto, también, que no se trata de ninguna condena de personas. Trato de describir una línea, no de juzgar a las personas que más o menos directamente la han provocado o provocan; ahí entreveo una diversidad de intenciones muy grande e imposible de globalizar. Existe gran variedad personal entre los que comparten el mismo proyecto o la misma postura, incluso, a veces, fuerte oposición en intenciones profundas y matices importantes. Aún más: si hablamos de *culpa* moral con relación a estas situaciones que podríamos considerar negativas, no siempre aquella reside en quienes directamente están

al frente de los cambios revolucionarios; puede estar, y a veces en mayor medida, en quienes los rechazan y condenan hoy, pero quizá abrieron las puertas a eso que tanto aborrecen. Me he preguntado muchas veces: ¿quién fue más responsable de la revolución bolchevique, Lenin y sus seguidores o la aristocracia civil y eclesiástica del zarismo? ¿Se hubiera producido aquella de haber hecho las reformas que la justicia exigía? O, ¿qué responsabilidad tuvieron los reyes europeos, primos y parientes entre ellos, en la Primera Gran Guerra, de la que se derivó la revolución rusa, el nazismo y la Segunda Guerra Mundial? ¿Se hubiera producido la crisis del 29, con las consecuencias siguientes, si aquellos reyes hubieran oído las llamadas de Benedicto XV? Ni los historiadores pueden aquilatar un juicio sobre los culpables de los sucesos, aunque, ciertamente, puedan y deban analizar errores y responsabilidades.

Lo ilustro con un dibujo de Quino:



Crisis es un término que procede el griego *krinein*, juzgar, discernir. En el caso que nos ocupa, es, sobre todo, *dis-cernimiento* (*cernere*), *paso por el cedazo para separar el trigo del salvado*. Y algo más que no debemos olvidar, sobre todo razonando desde la fe en Jesucristo, Señor de la Historia: estas fragmentaciones regresivas, ¿no abren indirectamente la puerta a intervenciones divinas y humanas que pueden introducir verdaderas novedades? Su aspecto tormentoso y amenazador, ¿no conlleva una enorme dosis de energía que puede ser orientada a la creatividad? ¿No rompen el círculo del tiempo y crean un espacio de libertad, un *kairós*? Las crisis suelen traer consigo sufrimientos no pequeños, pero no pueden calificarse, sin más, de catástrofes; al menos a largo plazo. Esto, para un cristiano, es más evidente: Cristo ha triunfado y nos conduce al Padre, suceda lo que suceda. No se trata, pues, de juzgar sino de comprender para poder aportar algo.

Pero volvemos a nuestro asunto y miramos el cambio desde la sociedad española, pues de ella somos parte. La pregunta que provoca esta reflexión creo que es compartida por muchos: ¿qué ha provocado que en muy pocos años se haya fracturado la familia, la

sociedad, la nación, la política? ¿Podríamos identificar un elemento que para nosotros los cristianos formara parte de nuestro acervo y de nuestro estilo? ¿Serán suficientes y eficaces las reformas político-sociales y legislativas para volver a unir a esta España de reinos de taifa?

I. EN EL ORIGEN

1. EL BECERRO DE ORO

A. Este pudo ser un parte meteorológico: *un frente de dinero viene del norte y descargará intensamente sobre la Península*. Simplifico y silencio etapas anteriores para subrayar lo ocurrido en nuestros días y que forma ya parte de nuestra vida. Me limito a señalar un hecho, nada más. La entrada en Europa y en la nueva moneda trajo a nuestro país un caudal de dinero difícilmente cuantificable: la apertura comercial a un mercado con fuerte demanda, la ayuda correspondiente a los estados más débiles de la Unión, las aportaciones a proyectos locales. Nos tocó la lotería y pasamos de austeros trabajadores a nuevos ricos. Las líneas de AVE, las nuevas autovías, la construcción, etc., cambian en poquísimos tiempo el comportamiento de los españoles. Hay dinero y, si no, crédito fácil. Se puede gastar lo que no se tiene e invertir sin tener; es fácil hacerse ricos. Nos lanzamos a un consumo desmesurado, y la demanda, aparente y momentáneamente, infla la economía. Una economía que, al margen del regalo europeo, se sostenía en dos pilares muy frágiles: el turismo y el ladrillo. El bienestar (¡fácil!) se convierte en la meta de todo español. Ya no exportamos emigrantes. Ahora los recibimos... y los explotamos; somos un país rico, poderoso, con bancos y empresas multinacionales. Nos convertimos en gourmets refinados y en turistas compulsivos: los chefs ocupan diariamente portadas y platós, y los hijos de obreros, que antaño compraban una peseta de vino en la taberna de al lado, se hacen entendidos y exigentes catadores de caldos famosos.

B. Fragmentación del Estado. El Estado es el mediador y trasmisor del dinero europeo. Y, más que el Estado, las nuevas Autonomías de las que, en ocasiones, se han apoderado políticos con rasgos similares a los antiguos caciques del siglo XIX y primeras décadas del XX. El Diccionario de la Lengua de la RAE define el caciquismo español como *dominación o influencia del cacique de un pueblo o comarca*. Es más fácil dominar una pequeña parcela, y más si se apela a las emociones regionalistas, que hacerse con los resortes de un Estado complejo y con un funcionariado bien asentado. Aquellos políticos provincianos se adueñan de las Cajas de Ahorro, una institución tradicional y equilibradora del poder de los grandes bancos. El dinero de los humildes impositores se dedica, en buena parte, a proyectos partidistas y los partidos infiltran en los consejos de administración a militantes incompetentes que reciben salarios principescos y sirven a sus fines. Con dinero fácil, las Autonomías crean un funcionariado de contratados interinos o temporales que, en buena medida, supone una regresión a las cesantías del siglo XIX: cambio de partido gobernante y despedida de los arrimados del anterior para que puedan entrar los suyos; o, lo que es peor, imposibilidad de despido y nueva oleada de funcionarios. El boom de la construcción, con ese poder local descontrolado y mafioso, abre una auténtica desamortización del suelo y genera una clase adinerada como la de los que, a bajo precio, se hicieron con los bienes de ayuntamientos y entidades religiosas en época de Mendizábal. *Recuerdo una anécdota de aquellos años, los primeros de la democracia. Supe que una persona, conocida mía, visitaba sistemáticamente obras de construcción equipada con una hermosa cartera para recibir "regalos" del constructor en beneficio del partido que le enviaba... ¿y del suyo personal? Ciertamente, por lo que pude ver, subió, y no poco, su poder adquisitivo. Era sabido y comentado en la ciudad donde sucedía, pero todo transcurría con normalidad. Ni se disimulaba.*

Algunos dirigentes políticos y mercantiles se hacen de oro, rozando la legalidad o convirtiéndose en auténticos *gánsteres* que desprestigian al resto de políticos honrados (no pocos) y a la política democrática; las detenciones, juicios y condenas van más allá de la anécdota. La norma moral, los valores, se ven ahora como limitaciones absurdas a la libertad, como algo indigno. Mingote lo caricaturizaba con su acostumbrada genialidad.



C. *Dinero y prostitución del amor.* El brochazo de oro dora y abrillanta, en un primer momento a los varones con cierta edad y poder; se multiplican, por parte de esos varones maduros y con éxito, los abandonos del hogar para unirse con mujeres jóvenes y atractivas. ¡Han comprado una segunda juventud! Entre la dedicación a ganar dinero y el desmadre afectivo sexual, los hijos se quedan, en no pequeño número, sin padre varón. La familia empieza a disolverse. Poco a poco la conducta anterior se hará extensiva a las mujeres conforme escalan puestos en la sociedad y autonomía económica. Las uniones coyunturales y al margen de la ley se convertirán en algo normal, algo propio de la vida privada de cada uno. Cambia el lenguaje dolosamente: "género" en lugar de "sexo"; "gay" sustituye a "homosexual"; "salir con" resulta significar "compartir cama"; "novio" se llama al "amante"; "pareja" evita nombrar al "matrimonio". El fraude al lenguaje y la legalización de la mentira finaliza con la calificación de matrimonio que la ley otorga a las uniones homosexuales.

2. LA EXPULSIÓN DE DIOS

A. *Un vacío social visible hasta para el ateo... inteligente.* Es posible que algunos dejen de leer al toparse con esta afirmación, pensando que están ante una interpretación "piadosa" o clerical, interpretación ajena al estudio sociológico y, por tanto, irrisoria. Esta reacción demostraría justamente lo que voy a afirmar: Dios ya no cuenta y se pretende que no cuente; pero cuenta, ¡ya lo creo! Y la prueba es la obsesión de expulsar al catolicismo de la vida pública, la ideología laicista; es la mejor prueba de la importancia que conceden al hecho religioso, aunque sea en negativo. De lo contrario, lo dejarían morir plácidamente sin provocar reacciones defensivas que prolongan lo que ellos

estiman que es agonía. Cualquier persona inteligente, creyente o agnóstica, entiende que el vaciamiento de lo que ha sido cimiento de una sociedad —real o ilusorio pero eficaz— ha de tener graves consecuencias y ha de contar con tiempo y con otro cimiento de la misma calidad que el anterior para llegar a una estabilidad nueva. Y Dios, la religión, lo ha sido durante siglos. Aunque sólo fuera por esta razón, habría que evaluar y tener en cuenta el vacío que esta "expulsión" tiene necesariamente. Me admira leer en la prensa con cierta frecuencia comentarios (blogs, artículos) de conocidos agnósticos que, al modo de Oriana Fallaci y de Marcello Pera, se siguen confesando tales, pero se oponen al laicismo radical por el vacío que trae consigo; quizá presienten y temen que en un futuro no muy lejano las torres de las iglesias cristianas puedan servir a los muecines para llamar a la oración. Hace ya casi cuarenta años que, en esas conversaciones informales entre amigos, oí decir a Olegario González de Cardedal que, en una década, la mayor mezquita europea sería la Catedral de *Notre Dame* de París. Nuestros viejos y cultos agnósticos defienden ahora la religión, pero sin creer en Dios. Paradójico y curioso: releed la anterior respuesta de Mafalda.

B. *La ley sustituye a la conciencia.* Por otro lado, si no hay Dios no puede haber ley natural; evaporada la creación, queda una naturaleza basada en el azar y un tiempo cíclico y cerrado sobre sí. Todo es apariencia y sin sentido, la vida es sueño. ¿Qué sustrato objetivo sostendrá los valores morales? El derecho abandona totalmente la tradición *iusnaturalista* para llegar a un *iuspositivismo* muy similar en la práctica al que Hans Kelsen, en su *Teoría pura del Derecho* introdujo en Alemania y fue esencial para la política nazi, para la "obediencia debida", etc. Recuerdo las clases de D. Joaquín Ruiz Giménez en la Complutense y el humanismo que trasmitían a los alumnos; asistíamos muchos que no cursábamos el año lectivo que él explicaba. Ese *Derecho Natural* o aquella *Filosofía del Derecho* ya no tienen sentido en la formación del jurista y menos en el ejercicio. Queda la ley, la norma sin fundamento que nadie puede calificar de injusta si ha sido elaborada por los canales legítimos: la objeción de conciencia cada vez tiene menos espacio... si es que aún le queda alguno. Y es que la misma conciencia queda trasnochada. Ya nada tiene que ver la moralidad con la legalidad; no es extraño que, quienes no estén de acuerdo con una legislación, se la salten si pueden. Si la ley es solamente ley, ¿por qué ha de afectar a la conciencia? Si no me pillan... Haría falta de nuevo la reivindicación de la conciencia que hizo Sócrates frente al *nomos* o ley de la ciudad. Pero, si la conciencia es la superación crítica del yo, ¿será posible esa conciencia si el individuo es un mero producto de la genética o del ambiente?

C. *La España Católica de la Posguerra entra en crisis.* Antes del Concilio Vaticano II España era un país no solo oficial sino sociológicamente cristiano, católico. Tras la Guerra Civil se reimplanta el anacrónico *régimen de cristiandad* (no confundir con la teocracia) anterior a la Ilustración. Tanto en la vida privada como en la vida pública, la presencia de la religión era abrumadora. Prácticamente todas las familias bautizaban a sus hijos, y pronto; la recepción de la Primera Comunión, universal estadísticamente; las

bodas religiosas eran la gran mayoría con apenas excepciones. La religión se enseñaba en las escuelas y colegios públicos y no como algo secundario; la asistencia dominical a la Eucaristía alcanzaba cotas muy altas; los seminarios estaban llenos de aspirantes al sacerdocio, y este era valorado y admirado socialmente. Toda solemnidad civil iba acompañada de signos y presencias religiosos.

El Concilio Vaticano II abrió una era nueva para la Iglesia. Terminaba el segundo milenio cristiano, centralizado en Roma por la reforma de Gregorio VII, fuertemente institucionalizado con predominio de lo jurídico, y empezaba un deslizamiento desde la *dura lex* a la misericordia, desde Europa como centro hacia los países hasta entonces llamados "de misión". Las Iglesias de este "tercer mundo" y su episcopado empezaban a pesar en el Vaticano. La Declaración sobre Libertad Religiosa (*Dignitatis Humanae*) había abierto a la Iglesia a convivir con un pluralismo religioso que tanto defendieron los obispos de EEUU frente a los del Sur de Europa en el Concilio. Se acentúa el contraste entre los países tradicionalmente cristianos, abocados a una secularización galopante y destructiva de la fe, y los antiguos "territorios de misión", ahora Iglesias emergentes. Una cierta corrupción mental se introdujo subrepticamente en la doctrina conciliar de modo que la conversión que el Concilio pedía se desvió en parte: contestación interna, conversión de las misiones en centros de desarrollo, silencio sobre el Nombre, dudas sobre la divinidad del Señor, abandono de la adoración eucarística y de la oración... Los "teólogos" que conducían en esta dirección fueron arrojados por editoriales católicas y por medios de comunicación de todo tipo; de algún modo suplantaron, en parte y por algunos años, la voz de los obispos y su cometido. Todo ello, no sabemos si apoyado y estimulado por grupos de poder o, simplemente, por coincidencia multiplicadora de factores, condujo, sobre todo a Europa, a un silencio sobre Dios, que fue expulsado progresivamente del ámbito social. En la España católica y beata, esto se vivió con especial intensidad y rapidez. Habría, sin duda, sectores de población "hartos" de encontrar religión hasta en la sopa; lo admirable, por el contrario, fue que muchos de los más beatos y proselitistas de antaño se convirtieron a la protesta contra la presencia de la religión.

Estos son los "barros"; veamos ahora los "lodos". Empezar por donde hemos empezado es fundamental para comprender la complejidad de la situación e ir más allá de soluciones políticas y legislativas de corto alcance. Sería como intentar detener el hundimiento del Imperio romano allá a finales del siglo V con cambios de magistrados o nuevas leyes, cuando las invasiones eran un hecho y cuando la moral ciudadana era

inexistente. ¿Cómo se ha configurado esta sociedad a partir del binomio "expulsión de Dios"-"becerro de oro"? Esto es lo que he creído ver:

II. LOS RESULTADOS

1. GENERACIÓN DE HUÉRFANOS

Sin Dios y con dinero, sin padre en el hogar y sin padre en la escuela, los hijos se entregan al capricho de modo que no adquieren sentido del límite, ni de lo real que, para serlo, ha de ser limitado. No es preciso ponerse las gafas de realidad virtual: ¡la vida es virtual! Serrat cantaba con burla las prohibiciones a los hijos: *Niño, deja ya de joder con la pelota. Niño, que eso no se dice, que eso no se hace, que eso no se toca...* En consecuencia, si los hijos piden, hay que asentir a sus deseos; los padres no son límite y los profesores tampoco; pues, la legislación extiende el maltrato a cualquier castigo serio, y la denuncia del hijo amenaza al padre que trata de forzar una conducta o de prohibir otra. Al parecer y según noticias reiteradas, el profesor es el profesional más estresado en la actualidad. No hay límites, pero tampoco defensas; pues el límite es nuestra defensa como criaturas. Y lo más grave: sin límites (correctos, moderados por el amor) no hay perfil, identidad personal; la conciencia del yo es borrosa, todo es difuso; la identidad personal se convierte en un cenagal donde el agua y el barro se mezclan sin posibilidad de hacer cauce y avanzar. Droga y alcohol van adueñándose no de toda la juventud pero sí de un sector más que significativo. Las estadísticas son alarmantes, pero nadie quiere mirar: ¡la libertad es intocable! ¡No es problema social que preocupe a los dirigentes! Nos abruman con mensajes radiofónicos “educativos” y con chachas televisivas que nos enseñan a educar (un rato). Un porcentaje no despreciable de jóvenes viven la noche desde el jueves. Gastan, beben, consumen y, finalmente, duermen de día. ¿Qué cantidad de jóvenes se han convertido en "vampiros" chupadores nocturnos de sangre-alcohol? No son todos ni en el mismo grado, pero es una situación real y estadísticamente muy

significativa; y cada vez son más jóvenes los que entran en esta dinámica. ¿Qué políticos hablan de este problema y se atreven a afrontarlo? El voluntarismo que lo tapa hablando de ese gran número de jóvenes muy preparados, no sabe de qué va la cosa. Los padres dejan de significar algo para ellos; como padres, han dejado de existir. El hogar es la pensión y los padres los obligados a mantenerlos aunque tengan cuarenta años. ¿Recordáis el chiste de aquel serio y estupendo humorista que fue Eugenio? Quizá lo altere un poco porque no recuerdo literalmente; el final, al menos, sí es correcto:

La madre despierta a su hijo por la mañana y le dice: — Vamos, hijo, levántate, que tienes que ir a la escuela. — Mamá, no quiero ir a la escuela. — ¿Y por qué no quieres ir? — Mira, te diré tres motivos: primero, porque no tengo ganas; segundo, porque me aburro; y, tercero, porque los niños se ríen de mí. — Vale, vale. Pues yo te diré tres razones por las que sí tienes que ir: la primera, porque es tu obligación; la segunda, porque es la hora de levantarte; y la tercera porque tienes cuarenta y cuatro años y eres el director de la escuela.

Para este sector, o parte de él, los “amigos” tienen más peso en sus vidas que los familiares, incluidos padres y hermanos. Se observa en la celebración festiva de las bodas, planteadas más para esos amigos que para la familia. Empecé a ser consciente de este fenómeno cuando en una serie de estas celebraciones fui observando que el banquete y la fiesta, en su globalidad y no en detalles, se organizaba más pensando en los amigos que en los padres. Veía a estos en un muy segundo plano, oscurecidos; ya ni siquiera aparecían en las invitaciones. Hace unos meses, el papa Francisco enaltecía emocionado ese momento final del día en que toda la familia se reunía en torno a la mesa y gozaba de la mutua presencia. Pensé: hoy esto se ha terminado; ni cena ni comida. Noche hasta la madrugada y día yaciendo en el “ataúd” formado por cama y *tablet*, dejando pasar el tiempo y huyendo de la luz... y de la realidad; muertos. Familia y parentesco se disuelven y evaporan.

Dentro del parentesco humano, la figura base y esencial es la filiación: todos somos hijos y lo somos siempre. Ser hijo y sentirlo es recibir una herencia, una historia, para purificarla, acrecentarla y trasmitirla. Me emociona que dos evangelistas, Mateo y Lucas, trasmitan la genealogía de aquel que era antes que la historia, pero que se hizo historia para ser hijo en la tierra como lo era en el cielo. Y es que Jesucristo representa también la confirmación divina de la filiación humana: el Hijo se hace hijo para revelar al Padre y conducir al ser humano a la plenitud de la filiación. Humanamente, sin filiación sentida no hay historia; solamente presente, un presente sin recuerdos y sin proyectos. Y hoy la filiación está muy herida. Esta herida se manifiesta de muchos modos. Leyendo hace años la novela *Hijos de Torremolinos*, de James A. Michener, experimenté que este autor

tenía razón al comparar la huida de aquellos jóvenes protagonistas de la revolución del 68 con la llamada "cruzada de los pastorcitos" o "de los niños", que, allá por el siglo XII y bajo el liderazgo de jóvenes con conciencia mesiánica, se dirigieron a puertos (¿Lyon?) donde los embarcaron con engaño mercaderes que los vendieron en Oriente. *El flautista de Hamelín* —cuento inspirado en aquellos hechos— también hoy, con guitarra eléctrica y grandes conciertos de ritmo frenético, conduce a los hijos de una generación de adinerados a la desaparición. No quisiera abrir heridas a esos pobres padres que tanto han sufrido, pero creo que es preciso decir esto: cuando oía declaraciones de jóvenes acusando a los organizadores de aquellas fiestas trampa que causaron muertes y sufrimiento, a pesar de la simpatía hacia ellos, no hubiera podido dejar de preguntarles de haberme encontrado con ellos: *Y si veáis aquel llenazo y masificación, ¿por qué pagasteis y entrasteis? ¿Por qué os dejáis explotar por delincuentes sin escrúpulos si os dais cuenta?* No he leído ninguna reflexión sobre este llamativo hecho y, de cuando en cuando, leeréis noticias de nuevos llenazos de locales: ¿se explica?

La renuncia a la filiación es, también, el rechazo de la herencia, la renuncia a hacer historia. Me impresiona la cantidad de madres que, en sus confidencias, me comunican su pena por el abandono de los valores, fe incluida, que ellas trataron con todo su amor de transmitir a sus hijos. Ciertamente que toda persona es libre y que la fe no se hereda, pero la generalización del fenómeno y el rechazo cercano al odio indican que hay algo más que una crisis de la fe: rechazo de la paternidad con todo lo que significa. Con la desaparición del hijo desaparece el heredero, el que tiene que asumir la responsabilidad sobre lo que sus antepasados han construido. Esto nos muestra que no estamos ante una de esas fallas generacionales tan frecuentes en la historia; eran, en realidad, la rebelión de la nueva generación para hacerse con el poder que conservaba la vieja, que les impedía ser padres en todo el sentido de la palabra; se rebelaban contra los padres para ser ellos padres, para ocupar un lugar que se les negaba; ahora no es rebeldía sino rechazo de la filiación como tal y de la paternidad. Es otra cosa, nueva, distinta y escalofriante.

El "no-hijo" tiene, necesariamente, que empezar la vida de cero; él es su principio y su fin; él tiene que darse la identidad, y su única referencia es su propio rostro reflejado en el espejo. Narciso. Consecuencia: una soledad insufrible cuando no hay noche habitada, cuando no hay masa anónima al modo de una playa llena de pingüinos: ¿qué haría un pingüino solo en la playa? Tras la dispersión, soledad. ¿Alguien ha llamado la atención sobre el crecimiento exponencial de suicidios de jóvenes? Estoy aterrado ante los casos que me han llegado estos dos últimos años; es algo nuevo. ¿Alguien ha investigado las causas de fondo? ¡Qué fácil echar la culpa a la crisis! Mi experiencia no es esa. Otro indicio muy significativo es el progresivo abandono de los ancianos por parte de los hijos. No ignoro que muchas veces es algo inevitable por resistencia de los padres a dejarse ayudar, por la dispersión actual que el trabajo impone, etc. No; no hablo de culpables sino de una tendencia que es fuerte y creciente, o sea, que se normaliza. Creo que, metidos en el día a día, no nos damos cuenta de la cantidad de ancianos que viven

solos. Recojo de la prensa que, según la Federación Amigos de los Mayores, cerca de 1.800.000 personas, de las cuales son mayoría ancianos, viven en soledad en España. Y ello a pesar de la tarea que hoy asumen los abuelos en el cuidado de los nietos. El sentimiento de filiación es débil. Y otro indicio sobre el que volveremos inmediatamente: la resistencia a tener hijos. Narciso no puede ser padre porque no es hijo; busca su identidad en el espejo, en su mismo yo que, por otro lado, es difuso y confuso. Las calles de nuestras ciudades ven pasar más perros que niños; perros bien cuidados, incluso por personas agobiadas económicamente; abrigados, a veces, con prendas propias del humano; vacunados, curados, operados... El animalismo podría ser un paso hacia una mayor humanización mediante el respeto a los animales; pero, a veces, es otra cosa muy distinta. ¿Recordáis el pasaje del Génesis cuando Dios hace desfilar ante Adán a todos los animales para curar su soledad pero Adán sigue sintiéndose solo? El que no se siente hijo, es difícil que asuma la paternidad. Y algo digno de estudio: aunque se hunda la natalidad, aunque los nativos pronto seamos una minoría cultural y étnica en Europa, aunque quiebre la Seguridad Social, ningún político pone este problema en los encuentros para pactar futuros programas de gobierno.

Llegamos a la clave teológica de este fenómeno. Leamos la situación desde Jesús, el Hijo, y descubriremos la profundidad de esta orfandad: al rechazar al Señor se ha rechazado al Padre, origen de toda paternidad, y se ha rechazado de paso la criaturalidad con sus límites pero con su gracia. Si en mi origen no hay un acto de amor, si Dios es expulsado y la idea de creación es sustituida por la de una naturaleza eterna, repetitiva, difusa, informe, ¿puede haber filiación? Y, sin filiación, ¿puede haber fraternidad? ¿No será esta orfandad social un mero reflejo de la orfandad religiosa? ¿No estará la salvación en recibir al Hijo como muestra del amor de un Padre creador y, al recibirlo, sentirse hijos en el Hijo? Pero, claro, esto es la fe cristiana, el tabú de nuestra época. Estamos en una reflexión teológica; no es el momento ni el lugar para buscar soluciones inmediatas, sino de mostrar nuestra certeza de la eficacia del Evangelio más allá del momento.

2. LAS HUÉRFANAS DE ESTA GENERACIÓN

La incidencia de la orfandad cultural tiene matices y efectos especiales en la mujer. La revolución del 68 fue en principio masculina y machista. En París, la primera algarada fue un grito por la libertad sexual... de los varones; las mujeres seguían a aquellos jóvenes como compañeras que, al convivir, se contagiaban de sus ideas. Un recuerdo reiterado de mis años universitarios que en los primeros de cura se confirmó totalmente: la chica se había educado en colegio de monjas; por entonces aún no había descubierto lo harta que estaba de tanta piedad colegial; se enamora del chico revolucionario... y se convierte poco a poco en más revolucionaria que él; en nuestros lares, maoísta casi siempre. Asistí a alguna que intentó el suicidio cuando descubrió que el compañero, aparentemente

idealista, solo buscaba en ella placer transitorio y sin humanidad. Pero eso fue solo el principio. Lo que empezó siendo un movimiento realmente machista (tumbar las barreras que impedían una sexualidad sin compromiso y sin limitaciones) terminó siendo todo lo contrario. Klaus Menhnert, en su documentada obra *La rebelión de la juventud* (Noguer 1978) relata de modo minucioso y con múltiples anécdotas lo que él titula *Womwn's Lib, Revolución dentro de la revolución*. En las universidades norteamericanas el feminismo, ya anterior, da un salto y toma las riendas; se plantea casi como lucha de clases entre sexos y termina en el llamado *feminismo de género*. La comercialización de la "píldora" que "liberó" a la mujer de embarazos no queridos, resulta ya insuficiente. El aborto se convierte en un derecho a reivindicar sin limitaciones y, poco a poco, la maternidad va siendo rechazada. Con diversos matices: a veces defendiendo una maternidad sin varón, por inseminación; a veces rechazándola sin más o demorándola hasta parir más un nieto que un hijo. El tema del aborto y la homosexualidad toman al asalto las legislaciones mundiales, apoyadas por la ONU (La Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer, Reunida en Beijing del 4 al 15 de septiembre de 1995).

Como hemos adelantado en el número anterior, la natalidad, sobre todo en países ricos, cae de tal modo que hace peligrar seriamente el futuro. Los estudios de Pierre Chaunu (resumidos en *El pronóstico del futuro*), que mostraban la relación directa entre natalidad y vitalidad de una civilización, tuvieron un cierto efecto en la legislación francesa, pero fueron olvidados. Ahí sí es clara la intervención de poderes que tratan de programar el futuro de la humanidad disminuyendo la población de modo más que sensible. Pero los grupos ideologizados por la orfandad no perciben nada de esto; es una enorme paradoja que, siendo revolucionarios contra el *status quo*, estén de hecho colaborando estrechamente con los poderosos de la tierra que pretenden detener la historia y crear un *status quo* inflexible, más que conservador, inhumano. ¡Qué dirían los héroes de la izquierda de otros tiempos! Es la hora de la traición: desde la financiación con dinero de países que promueven la invasión del propio país a la fragmentación del mismo, o sea, de la historia compartida. Pero es inútil; su ceguera de huérfanos les impide ver. Hoy he visto en un digital uno de esos descubrimientos "científicos" que nos regalan: que la monogamia pudo introducirse por el peligro de contagio de enfermedades venéreas; pues la revolución sexual ha producido auténticas epidemias, no sólo el SIDA, pero nadie ha elevado la voz para pedir control de la sexualidad. Se invertirán millones en vacunas, en tratamientos que engrosarán las ganancias de los laboratorios farmacéuticos, pero de evitar los encuentros coyunturales y aconsejar prudencia en lo que llaman "citas a ciegas", nada de nada. Hay algo más sutil que deriva de esta liberación unilateral de la mujer y que puede traer contrarrevoluciones en el futuro: el desconcierto del varón con relación a su identidad sexual, desconcierto que deriva a veces hacia la homosexualidad; a veces, a un neomachismo peligroso y regresivo. En el acompañamiento pastoral he observado con preocupación que la rebeldía del hijo adolescente se desplaza en bastantes casos desde el padre hacia la madre, hasta llegar al odio a esta; la razón está en

que el padre ya no ejerce y es ella la única que pone límites, reprocha, exige. Si ese nuevo machismo a que aludía, en un mañana no lejano, es alimentado por religiones antifemeninas o por ideologías de extrema derecha; si un número creciente de mujeres empiezan a buscar varones muy definidos como machos, la liberación femenina puede encontrarse con lo que no espera.

5. LA ORFANDAD ENTRA EN POLÍTICA

Esta generación de huérfanos, sector juvenil cuya dimensión no conocemos, que solo vive el presente sin recuerdos ni proyecto de futuro, ha pasado en buen número por la Universidad. Y con becas. Fue también en los campus universitarios donde brotó la revolución del 68 y se inició el cambio social. La obra de Mehnert que hemos citado lo relata muy detenidamente. No han sido los proletarios ni los marginados sociales sino los jóvenes burgueses quienes han abierto las puertas a esta situación. No es de ahora: todas las revoluciones modernas o ideológicas (religiosa en el siglo XVI, política en el XVIII, socioeconómica en el XIX) han utilizado a los excluidos, pero han sido promovidas y guiadas por burgueses, han sido revoluciones burguesas. Ahora, en una Universidad sin fuste académico en las facultades humanísticas, ideologizada, también jóvenes de una burguesía en decadencia relanzan aquel movimiento, aunque de otro modo. El 68 francés se reproduce en las décadas iniciales del siglo XXI; los mismos excesos histriónicos y el mismo teatro, pero ahora sin poesía, sin imaginación al poder, con una estética cutre y una ética deficiente.

Pienso en grupos que ahora llaman *populistas*; unos constituidos en partidos políticos; otros sin llegar a ello. En el entorno en que me muevo, mi impresión es que buena parte de las bases de estos grupos están constituidas por jóvenes de la clase media en declive, hijos de familias nada extremistas. Ellos, a diferencia del 68, no han sido los iniciadores del movimiento de ruptura. El origen inmediato de los movimientos populistas en España puede situarse en el 15M, la masiva manifestación y ocupación de Sol en Madrid por miles de personas que veían necesario terminar con el régimen de bipartidismo, el dominio de los banqueros, etc. Situación inversa a la que se produjo en el mayo francés del 68 cuando los estudiantes de la Sorbona intentaron unir a los sindicatos obreros a su rebelión. En aquel momento, sin embargo, el mundo obrero estaba bien situado y nada indignado, y la revuelta quedó limitada a la universidad: *cosa de jóvenes*. Si entonces se hubieran unido los obreros a los hijos de la burguesía, ciertamente había caído la Quinta República Francesa y se había abierto un verdadero proceso revolucionario. La historia de Europa hubiera sido muy distinta a partir de entonces, pues el marxismo, ya en caída libre, habría renacido en versión anarquista en el corazón de la Europa democrática. Sin embargo, en aquel momento los sindicatos representaban a una clase obrera acomodada y no quisieron aventuras. Lo mismo ocurrió en EEUU: la convención del partido

demócrata de 1968, tras los asesinatos de Martin Luther King y de Robert F. Kennedy, descartó como candidato a Eugene McCarthy, apoyado por los jóvenes que pretendían terminar con la guerra de Vietnam, y eligió a Hubert H. Humphrey, mucho más conservador dentro del partido demócrata; la victoria del republicano Nixon fue propiciada por la decepción de aquellos jóvenes. Ahora no son los universitarios los que tiran de los obreros, sino al contrario: una masa de desocupados, expropiados, arruinados por la crisis, salen a la calle y los jóvenes universitarios se ponen al frente y les prometen el cambio total del sistema social. Destruir para empezar de cero. ¿No se parece al nacimiento del fascismo y nazismo en la Europa de la crisis del 29?

La enfermedad de estos grupos radica en su orfandad narcisista. La búsqueda inconsciente de paternidad es lo que fabrica líderes carismáticos, histriónicos, a los que se adora y se sigue a ciegas. Contradictoriamente pueden plantearse como asamblearios pidiendo que todo se debata, pero antes o después esas asambleas se convierten en aclamaciones al líder amado, adorado, indiscutido. El *superpadre* encarna el vacío íntimo de una generación y termina destruyéndola. De "partido" a "secta" puede haber poca distancia en estos casos.

De nuevo el asunto de fondo: solamente la recuperación del Padre que el Señor Jesús nos revela y nos acerca puede rehacer antropológicamente al hombre del siglo XXI. Esto será la tarea de la Evangelización abierta desde el Concilio.

III. EL CRISTIANO ANTE LA CRISIS

¿Cómo responder a este desafío cultural con el Evangelio de siempre? Sugerimos tres reflexiones muy relacionadas entre sí. Se trata de ampliar la mirada del corazón; nada más. El camino concreto no nos pertenece, aunque no se hará sin nuestra creatividad, valor y sacrificio.

1. MARANATHA

Los cristianos hemos perdido intensidad en la espera del Señor. Él nos enseñó a pedir la llegada del Reino, nos advirtió de la vigilancia necesaria (*como un ladrón en la noche*), nos prometió su pronta llegada. Y los discípulos se situaron en esa actitud de esperar adaptando su modo de vida a ella. Vivían esperando y esperaban contra toda esperanza: las bienaventuranzas son la expresión de este estilo. Tres factores han "enfriado" la espera: ① Primero, su tardanza cronológica, ese "retraso" con relación al sentido inminente que parecen tener algunas de sus frases: *Os aseguro que no pasará esta generación antes que todo se cumpla. El cielo y la tierra pasarán, mis palabras no pasarán, aunque el día y la hora nadie lo sabe, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, sólo el Padre* (Mc 13,24 s). ② Segundo, el rechazo eclesial de los milenarismos fanáticos y destructivos de los "profetas" del fin de mundo, con la desconfianza consiguiente ante cualquiera que se atreva a hablar de la llegada del Señor. ③ Tercero, el desplazamiento del interés centrado en el encuentro personal, corporal y universal con el Resucitado al final de la historia, hacia la muerte individual y al alma desencarnada. Decepción ante el retraso, miedo a los locos, espiritualismo antropológico.

Por el contrario, San Pedro nos anima a esperar y *acelerar* la llegada del Reino (*Puesto que todas estas cosas van a disolverse de este modo, ¡qué santa y piadosa debe ser vuestra conducta, mientras esperáis y apresuráis la llegada del Día de Dios!*, 2Pe 3,11-12), y el Apocalipsis nos dibuja a los mártires pidiendo a Dios que acorte el tiempo del sufrimiento e intervenga para finalizar la historia y destruir el mal (*¿Hasta cuándo, Dueño santo y veraz, vas a estar sin hacer justicia y sin vengar nuestra sangre de los habitantes de la tierra?* Ap.6,10).

La baja intensidad de la espera empuja al acomodamiento con el mundo, a la instalación; la burguesía es la nueva clase social que germina en la ciudad cristiana (nobleza de méritos frente a nobleza de sangre), clase llena de valores, pero con una codicia mundana creciente y una amnesia también creciente en lo relativo al más allá. El cristiano olvida progresivamente que es un hombre venido del Futuro, que ha nacido de nuevo por el Agua y el Espíritu; olvida su forastería de este mundo y su pertenencia al Reino. Ha olvidado ese Futuro y, entre tinieblas, lo quiere reconstruir desarrollando el presente intramundano. La crisis actual es efecto del fracaso de ese sueño. Es una situación difícil, pero el verdadero cristiano la tendrá que vivir con la esperanza (no fanatismo ni ideologización) de que en alguna crisis terminará la historia de peregrinación por el desierto y aparecerá con todo su esplendor el triunfo del Crucificado. Y debe ser consciente de que cada gran crisis histórica puede ser ocasión para adelantar o retrasar la Venida del Señor. El día y la hora dependen de la voluntad del Padre, pero este contempla con respeto la libertad del ser humano, su apertura al encuentro, su deseo interior. Se resiste a finalizar la historia sin que ese final sea esperado

y deseado; no quiere violentar la libertad humana, no desea destruir sino recrear. O sea, cada crisis es una llamada a evangelizar con nueva entrega, como si fuera la última llamada, la última proclamación. Y alguna lo será.

En la laguna provocada por el olvido de la Venida, los revolucionarios occidentales — hijos de burgueses, lectores ensimismados, segundones resentidos— ocupan el puesto de los viejos apocalípticos y pretenden liquidar todo para empezar de cero; prometen un reino de felicidad basado en la destrucción de la maldad y en la creación de un orden totalmente nuevo; si el Reino no llega habrá que prescindir de la espera y ponerse manos a la obra. Sin Dios, claro. La *Utopía o Reino del Hombre* es la versión secularizada del final, que suplanta a la *Escatología cristiana*, al *Reino de Dios*. En el fondo de este giro es evidente que está esa orfandad creciente que viene de atrás y ahora sale con toda claridad. El cristiano debe oír las palabras de Jesús: *Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y a muchos engañarán* (Mt 24,5). Y no se trata de desentenderse de esta historia. Esperamos al Señor pero amamos nuestro mundo que es el suyo, el que Él ha creado; amamos esta historia por la que Él dio la vida, aunque la contemplemos pecadora y necesitada de redención. Esperamos sin abandonar nuestro compromiso temporal como Pablo pide en Primera Corintios y en Tesalonicenses. Rezamos con fe y con todo el deseo de nuestro corazón: *Que venga tu Reino, Maranatta*. Y nos esforzamos en anticipar su triunfo.

Es imprescindible, y urgente en estos momentos, que el cristiano se libere de la instalación en este mundo y espere de verdad la Venida del Señor, el cielo nuevo y la tierra nueva. El cristianismo aburguesado se abrirá a una verdadera conversión o dejará de ser cristiano. Agoniza el cristianismo burgués. Y el cambio afecta a toda la vida, desde la elección de profesión, a la austeridad de vida, a la educación de los hijos, etc. La crisis es una puerta abierta a la Novedad.

2. MISERICORDIA Y POBREZA

Desde esa espera recuperada, se comprende la importancia de la misericordia: se trata de abrir la afectividad a la caridad divina para dirigirla al que padece cualquier clase de miseria. Una caridad que se abaja y se aproxima, pero desde el corazón: *Tened entre vosotros los sentimientos de Cristo Jesús*. Llevamos siglos inmersos en una creciente revolución afectiva, de los sentimientos y emociones: cuánto ha llovido desde la Corte de Leonor de Aquitania, desde Romeo y Julieta, o los Amantes de Teruel, o *El sí de las niñas*. Ha caído aquella educación férrea que ocultaba los sentimientos con saludos versallescicos y sonrisas forzadas, aquella superestructura de la afectividad. El pudor, aparentemente, ha desaparecido de nuestras costumbres. El cuerpo se desnuda; eso sí, *por una buena causa* (!/). Las caricias eróticas salen de la intimidad e invaden la calle. ¿Consecuencia de las

guerras? ¿Del cine y sus "estrellas"? Lo cierto es que la afectividad revienta como un volcán: su lava es una mezcla indiscriminada de sentimientos delicados y emociones violentas. Pero, con todas las dificultades, es la hora de la *afectividad*, o sea, del redescubrimiento de la presencia inmanente de las personas en el corazón. Ventana a la Novedad. La desnudez de los afectos que provoca la caída de la educación puede ser llamada y ocasión para educar el corazón antes que las formas sociales, o para generar nuevas formas desde un corazón "de carne". Ahí entra la misericordia, la caridad con el débil que debe transformar sentimientos y emociones y debe conducir a un estilo desde el que las obras de misericordia no sean imperativo categórico o ley externa sino modo de ser, estilo personal. El gran mandato del Señor en la Hora definitiva: perdón, servicio, sanación, consuelo... Recuperación de la filiación desde la misericordia. El parentesco en Cristo. La fraternidad de los hijos de Dios. No se trata de un descubrimiento original del Papa actual sino de un *continuum* que se mantiene en crecimiento desde Juan XXIII. Recordemos sus palabras en la apertura del Concilio: *En nuestro tiempo, sin embargo, la Esposa de Cristo prefiere usar la medicina de la misericordia más que la de la severidad... En tal estado de cosas, la Iglesia Católica, al elevar por medio de este Concilio Ecuménico la antorcha de la verdad religiosa, quiere mostrarse madre amable de todos, benigna, paciente, llena de misericordia y de bondad para con los hijos separados de ella.* Juan Pablo II publica en 1980 su encíclica *Dives in misericordia* donde se proclama la misericordia infinita del Padre. Me parece digno de subrayarse la conciencia de este santo pontífice sobre el momento actual que vive la humanidad y de la imperiosa necesidad de proclamar y vivir la misericordia: *Sin embargo, en ningún momento y en ningún período histórico —especialmente en una época tan crítica como la nuestra— la Iglesia puede olvidar la oración que es un grito a la misericordia de Dios ante las múltiples formas de mal que pesan sobre la humanidad y la amenazan. Precisamente éste es el fundamental derecho-deber de la Iglesia en Jesucristo: es el derecho-deber de la Iglesia para con Dios y para con los hombres. La conciencia humana, cuanto más pierde el sentido del significado mismo de la palabra «misericordia», sucumbiendo a la secularización, cuanto más se distancia del misterio de la misericordia alejándose de Dios, tanto más la Iglesia tiene el derecho y el deber de recurrir al Dios de la misericordia « con poderosos clamores».*

Y no olvidemos que la verdadera revolución de los sentimientos no es más que la conversión del corazón desde la unión con Jesucristo. Ese *tener los sentimientos de Cristo* que nos propone Pablo en Filipenses es inseparable de la *kénosis* o *abajamiento*, y esta, de la **pobreza**. Presumimos de ser muy marianos, pero no asimilamos las palabras del cántico de María que anuncian la llegada del Mesías: *y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación. Él hizo proezas con su brazo: dispersó a los soberbios de corazón, derribó del trono a los poderosos y enaltecó a los humildes, a los hambrientos los colmó de bienes a los ricos los despidió vacíos.* La misericordia divina se realiza en este triunfo de los humildes y pobres. Frente al canto de María, la codicia sustituye a Dios por el dios-dinero porque, no sintiéndose hijo, ha de

asegurar su futuro en otro ámbito: la propiedad. Para evangelizar los sentimientos que afloran de modo abrumador y desquiciado, hay que superar los criterios burgueses, la vanidad, el amor al dinero, el intento de controlar el futuro. Hemos visto cómo ha colaborado a la expulsión social de Dios la adoración del dinero, y cómo las diferencias sociales, cada vez más acusadas, mueven a multitudes a adorar a esos ídolos de cartón piedra. Esas desigualdades, sin el sentimiento de un Dios misericordioso, empujan no tanto a la lucha por la justicia cuanto a una violencia destructiva. Pero la misericordia no es un sentimiento más; es el central, del que se deriva un estilo, un modo de vivir propio de quienes la han experimentado con gratitud y la esperan en el Reino. Hay que proclamar claramente que no es compatible con la comunión con Cristo la recepción de sueldos, gratificaciones, blindajes millonarios, a veces en entidades que son la ruina de pequeños inversores. ¿Cómo un cristiano puede aceptar eso en su vida? No digamos de la corrupción o venta de favores en la vida pública. Aceptación de la pobreza y comunicación de bienes: un no rotundo a la adoración del dinero. Sin odio a los ricos, antes al contrario, con mayor compasión hacia ellos por el peligro de condenación que los amenaza. Vivir con austeridad, compartiendo los bienes. Pensar y empezar a realizar una nueva economía: verdadera libertad de mercado, valoración del trabajo y control del capital; servicio al pueblo, promoción del cooperativismo tanto de consumo como de producción entre familias...

3. LA CIUDAD DE LA PALABRA, GENERADA EN EL HOGAR

En esta misión renovada que el Señor nos está pidiendo, la parroquia, institución pastoral básica, parece que no podrá seguir siendo ese territorio cerrado, ámbito de la jurisdicción de un párroco y espacio para su cuidado pastoral. Ahora, la parroquia se convierte en misión y esto trae consigo cambios personales y cambios estructurales. Pero, sobre todo, rompe sus límites y se dirige a la ciudad. Desde la parroquia se evangeliza la ciudad para convertirla en ciudad abierta a la Venida del Señor, ciudad que un día será asumida e integrada en la Jerusalén celestial. Esto nos insta a comprender mejor lo que para el ser humano y su salvación significa la ciudad. Vamos a reflexionar sobre varios aspectos muy relacionados entre sí y muy importantes para la misión: la ciudad como conversación abierta o plaza de diálogo, la importancia del hogar familiar para que exista verdadera ciudad, y la relación íntima entre familia, ciudad, filiación y lenguaje. De ello no sacaremos soluciones concretas, pero quizá abramos una ventana por donde el Espíritu Santo nos vaya sugiriendo caminos nuevos.

Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén que descendía del cielo, de parte de Dios, preparada como una esposa que se ha adornado para su esposo (Ap 21,2). Poner esa espera misericordiosa al servicio de la edificación de la ciudad humana a imagen de la Jerusalén celeste. La ciudad

es un ámbito artificial, de creación humana; es el *hábitat* propio del hombre. La cueva es la guarida natural ofrecida por el paisaje a cualquier ser vivo. La aldea o agrupación de chozas no es una ciudad sino, únicamente, una agrupación de consanguíneos, sea tribu o clan; la cercanía humana es tan intensa y absorbente en la aldea que impide el desarrollo de la libertad personal. La ciudad implica algo más, algo específicamente humano: es el efecto de **la conversación entre diversos** que provoca y crea vecindario; el *otro*, el extraño, se convierte en vecino; el vecindario ciudadano va más allá del parentesco endogámico que constituye la aldea; se abre y permite una conversación entre distintos. La palabra se hace capaz de engendrar cercanía, de homogeneizar; confirma la nobleza del parentesco, de la "carne y la sangre", pero abre y supera esa realidad carnal sacándola de la pura biología. Los que hemos nacido de la Palabra antes que de la carne y la sangre, estamos especialmente llamados a esta conversación que es la ciudad. En el final de esta historia, el cristiano está llamado especialmente al "don de lenguas", a la superación de un lenguaje tribal, nacionalista.

Pero notemos y subrayemos que esa palabra que se hace ciudad nace en la intimidad y privacidad del hogar: *el Verbo se hizo carne y vecino nuestro*, en el hogar de Nazaret. Insistimos mucho en el matrimonio, unión varón-mujer, como base y fundamento de la familia. Es correcto, mas tiene el riesgo de reducirlo a una relación nobilísima pero subjetiva. ¿No habrá que vincular indisolublemente a esa unión interpersonal el elemento objetivo que es el hogar? Hogar, *hoguera, fuego, fogón...* Desde las cuevas de la Edad de Piedra el ser humano no se limitó a elegir un refugio o guarida para sobrevivir. El descubrimiento del fuego le hizo sentir como un dios; recuérdese el mito de Prometeo y el robo del fuego. La hoguera convirtió la noche tenebrosa y cargada de terrores en tertulia, y colaboró a ensanchar el lenguaje y la relación social. La historia del hogar es la historia de la humanidad, la raíz del lenguaje y de la ciudad. El amor conyugal y la apertura a la vida generan un espacio común, una relación estable, una conversación humana y humanizadora: es el hogar. Casarse es crear un pequeño mundo nuevo, iniciar una historia. El hogar, con sus recuerdos compartidos, sus celebraciones de todo tipo, es la memoria viva que facilita la duración del matrimonio y el verdadero amor a los hijos. Sin esa memoria, el amor se desgastará y será una carga; los hijos aburrirá y atarán.

Insisto: la palabra verdaderamente humana se gesta en el hogar. Se aprende a hablar desde y con el corazón al mismo tiempo que se descubre la realidad digna de ser nombrada. Las primeras palabras (*papa, mama, yaya, tata, abba, atta...*) son ecolalias infantiles que reflejan el descubrimiento de que, tras esos rostros sonrientes, hay personas que nos quieren, que nos acarician y nos alimentan; ellas son reales y hacen real y digno de ser nombrado todo lo restante. La palabra no nace del diccionario; sería una palabra castrada, meramente denotativa pero sin carga emocional, sin connotación; una palabra gélida e inhumana; más propia del robot que del hombre. Gracias a la técnica, pronto será posible la traducción servida por instrumentos digitales para entenderse básicamente entre gentes de un idioma desconocido; pero esa traducción provisional y

utilitaria, tendrá que insertarse en algo más hondo. La dimensión afectiva oculta en el lenguaje es, en el fondo, la causa del fracaso de todos los conatos de hacer un idioma universal, llámese *esperanto* o como se llame; los idiomas se crean en la conversación, en el esfuerzo de traducir a palabras las emociones y los afectos. Esta radicación del lenguaje en el corazón del hogar es lo que vincula tan fuertemente con el idioma materno y lo que, cuando se exagera ese vínculo, empuja a cerrar el círculo convirtiendo la ciudad en un gueto endogámico donde la connotación emocional se come la racionalidad de la palabra. Así pues, palabra y realidad se unen en el seno del hogar, de la familia, al tiempo que se recibe y se cultiva la filiación. La crisis de la familia es, al tiempo que crisis de la filiación, crisis del lenguaje.

Esa conversación es esencial tanto en la *polis* griega como en la *civitas* romana, ciudades en el sentido estricto de la palabra: las viviendas y las calles están abiertas a la plaza pública, *ágora* o *foro*, y la plaza es, sobre todo, un lugar para conversar, para exponer, para debatir. No es casual que en estas culturas la familia había dado pasos importantes. Sin *ágora* o *foro*, o sea, sin plaza no hay ciudad humana. En este sentido existe un vacío en viejas ciudades de antiguos imperios orientales donde la corte impedía nacer al ciudadano; eran ciudades sin *ágora* porque sólo uno, el rey hijo de los dioses, tenía derecho a la palabra.

Europa da un salto gigante en los siglos XI, XII y XIII. El matrimonio monógamo, defendido por numerosos sínodos episcopales en los siglos anteriores y protegidos por una extensión hasta excesiva del impedimento de parentesco, es la base de la ciudad medieval cristiana, ciudad que une lo mejor de la *polis* griega y de la *civitas* romana con los valores cristianos; la plaza acoge al antiguo *ágora*, pero con esa doble institucionalización que simbolizan la Catedral y el Ayuntamiento. Ambos edificios contienen y promueven dos modalidades de conversación: con Dios y entre los humanos; en medio, la plaza, donde ambas conversaciones confluyen en la convivencia diaria. Palabra divina y palabra humana se cruzan como en la fundación de ciudades romanas se cruzaban perpendicularmente las dos calles básicas, *cardus* y *decumanus*. La ciudad cristiana es impensable sin la Catedral, el templo de una Iglesia libre, y sin el *ajuntamiento* donde los ciudadanos organizan su convivencia. Incluso hay un tercer lugar, generado por el diálogo entre los anteriores, (fe y razón, revelación e investigación, escucha y pregunta): la universidad, o sea, la palabra que revisa críticamente la palabra y la realidad por ella nombrada dando lugar a la ciencia. No puede haber verdadera ciudad sin conversación ciudadana religiosa, política e intelectual.

La crisis del lenguaje y de la ciudad asentada en el mismo, empieza con el siglo XIV. En aquel momento, fue una crisis de crecimiento por la dificultad de seguir uniendo las dimensiones vitales que antes de tan enorme desarrollo encajaban fácilmente: familia burguesa de los méritos frente a nobleza de herencia, autoridad real frente a autoridad religiosa, razón frente a fe, nuevos ricos frente a nuevos pobres, etc. La síntesis se rompe

en paradojas y en visiones unilaterales enfrentadas. El alma europea se fractura y el lenguaje también: el nominalismo y la dialéctica abren paso a un cambio fundamental. La palabra se va desligando de la realidad nombrada por ella misma para convertirse en mero signo arbitrario y ello trae consigo la conversación como dialéctica y el comienzo de la ruptura de la conversación que es la misma ciudad. En su novela *El nombre de la rosa*, Umberto Eco se hace eco de esa fractura presentando la rigidez mental y el discurso deductivo y dogmatista de Jaime de Burgos frente a la ingenua inducción del empirista Guillermo de Baskerville; al final, ni uno ni otro; arde la biblioteca, o sea, la palabra con contenido real; el antiguo joven ayudante del franciscano y ahora anciano monje, Adso de Melk, escribe para rematar sus memorias una frase con fuertes resonancias nominalistas y que expresa todo el escepticismo y el desencanto que vive: *Hace frío en el scriptorium, me duele el pulgar. Dejo este texto, no sé para quién, este texto, que ya no sé de qué habla: **stat rosa pristina nomine, nomina nuda tenemus***. Ni sabe para quién ni sabe de qué; no sabe. De la rosa solo queda el nombre, un nombre que no nombra, señala por arbitrio y nada más. Los siglos posteriores llevarán a límites dolorosos esta tensión creciente.

Al tiempo que el nominalismo degrada la palabra y la conversación, el estatalismo naciente provoca la decadencia de las ciudades libres que llegaron, incluso, a ser ciudades-estados lideradas por una familia casi siempre. Recordemos nuestra Guerra de los Comuneros: Carlos I, para financiar su candidatura al Imperio, intenta imponer a las ciudades castellanas gravámenes que los ayuntamientos no aceptan; las somete violentamente. La Revolución Francesa, seguida por el régimen napoleónico, resucita al "ciudadano" pero somete absolutamente a las ciudades al Estado centralizado y omnipotente; ciudadanos del Estado, o sea, cada vez menos ciudadanos. Las ciudades crecen y se expanden en la modernidad, pero no como ciudades sino como aglomeraciones de migrantes dominadas por el Estado. Incluso los regionalismos (pensemos en las Guerras Carlistas) ignoran la importancia de la ciudad porque priman los elementos ancestrales (raza, lengua familiar) sobre la conversación abierta. Hoy, el Estado se ve desbordado por poderes internacionales y minado por el fraccionamiento.

¿No es hora de volver la mirada a la ciudad como conversación abierta a la realidad y a todas sus dimensiones? Claro, que ello nos conduce necesariamente a rescatar su raíz, la familia, el hogar, el ámbito de privacidad. Sólo así será posible recuperar la filiación y, con ella, la fraternidad. El Estado se convierte en totalitario cuando la familia desaparece y resta el individuo indefenso ante las presiones. No hay ciudad sin hogar; cuando este se disuelve en individuos, desaparece la privacidad y todo es calle a la intemperie: la casa familiar se convierte piso; el piso en apartamento; finalmente, ¿habitaciones? Tampoco la vivienda de la ciudad del capital promueve la vida familiar: todo es calle, y la calle no genera lenguaje del corazón ni conversación comprometida. El lenguaje se carga de eslóganes y palabrotas, dirigidos a la emoción y no a la razón afectiva; las llamadas redes

sociales favorecen el crecimiento de este lenguaje plano, simplista, casi infantil, donde el reproche y, a veces, el insulto son el eje de una no-conversación. Es una conversación patológica. Me admira la importancia del lenguaje estúpido y manipulador en las grandes novelas distópicas del siglo XX: *El mundo feliz*, de Aldous Huxley (publicada en 1932); *1984*, de George Orwell (publicada en 1947-48); *Fahrenheit 451*, de Ray Bradbury (publicada en 1953).

Recordemos el contraste que Lucas sugiere entre Babel, la ciudad sin posibilidad de entendimiento, y Jerusalén bajo el Espíritu Santo, la ciudad del milagro de las lenguas. La Jerusalén celestial será la Palabra expandida en ciudad o la ciudad generada por la Palabra. El Espíritu Santo no desciende en la calle sino en el Hogar eucarístico del Cenáculo; de allí saldrá a la calle para invitar al regreso al Hogar Paterno. El cristiano ha de convertirse en intérprete, en traductor; su tarea, bendecir, no maldecir: eliminar las raíces de la violencia mediante la palabra y el diálogo.